

tencia, á pesar de su papel ordinario, tipo ídem y redacción lo mismo; apenas pretendió extender sus nacientes alas hacia el campo de la crítica, le mató el peso de sus muchos nombres.

No murió del mal de *los siete días*; pero á los diez y siete meses, cuando empezaba su *despecho*, falleció de despecho, asfixiado por falta de aire; que en aquellos tiempos no se respiraba el de la libertad por estos barrios, si después se abusó tanto de la libertad de imprenta, que ella contribuyó á la elevación de un tirano.

En el último artículo se proponía mandar poblar colonias en bahías de San Mateo, San Blas ó Bahía Blanca, á solterones recalcitrantes que no



D. Hipólito Vieytes,
primer periodista argentino

preferieran cargar con doncella pobre, pues que de cada treinta mujercitas apenas una se casaba, ó malcasaba, mientras que tendidos á la *bartola*, sesteando á la sombra, engordaban en sempiterna haraganería los que habían venido á poblar estos desiertos. Predestinados estuvieron nuestros campos del Sud á privilegio de gente de mal cariz por fundadores, que si Rozas encarretó á las paseantes de media noche para que siguieran empantanándose en las cenagosidades del Arroyo Azul, otro jefe de policía, bien devoto por cierto, recogió las *palomas blancas*, para que continuaran anidando en la bahía de su color, á que cincuenta años antes destinaba el *Telégrafo*, no á mujeres, sino á *hombres de vida airada*.

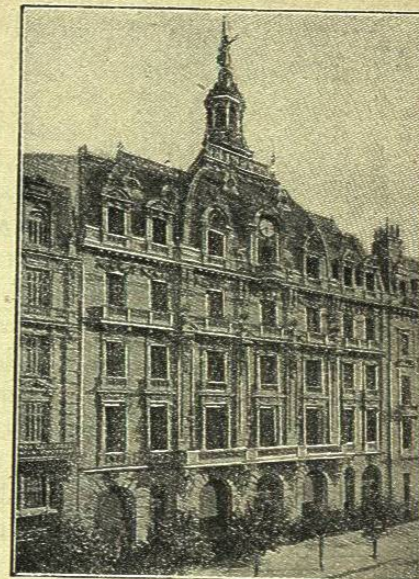
Y aunque mucho resintió á suscriptores y *lectores de ojito* que si el primer ciento de aquellos no llegó á triplicarse, á cuádruple número alcanzaban los de cafés y pulperías (como los suscriptores sin suscripción que el cobrador de dos pesos oro por mes nunca encontraba), creen otros que el articulo ese fué un brulote, subversiva y maliciosamente introducido por uno de los redactores del segundo periódico. D. Joaquín Araujo escribía al deán Funes: «era preciso tomentara el *Semanario de agricultura, industria y comercio*, para que no suceda lo que al *Telégrafo*, que ya se halla con todos los sacramentos, esperando por horas su fallecimiento.» No obstante el privilegio exclusivo del primero, había venido con más robusta vida el segundo, y aunque *El Censor*, Malaespina, no se le atragantara la de su nombre en la garganta, dejado había sin censura el artículo encoradorcito, el virrey suprimió *El Telégrafo*, que ya llegaba á ofrecer cincuenta pesos por cada Memoria sobre agricultura, industria, comercio ú otro ramo útil.

V

A pesar de sus toscos elementos, así materiales como intelectuales, debemos gratitud á esos primeros tímidos ensayos del periodismo, que de tan humildes pañales se ha desarrollado en tal magnitud, á punto de que hoy no se podría vivir, ó mal se comprendería la vida sin periódicos en esta inmensa colmena.

Todas las trabas puestas á la libertad de imprenta (de que es lamentable se haya abusado en parte alguna como entre nosotros), á su discusión, á su propaganda, son otras tantas pantallas opacas que velan la luz diáfana del pensamiento, atenuando su más vívida lumbre.

La prensa es como la nave sagrada en que navega el pensamiento, y este buque en viaje continuo, imperturbable, al través de todos los malos tiempos, conduce dejando de puerto en puerto las nuevas ideas, que agitan y renuevan las sociedades, girando con la celeridad del relámpago.



Casa de «La Prensa»

¿No consideraremos los primeros tripulantes de esa nave dignos del menor recuerdo?

Por falta de este espejo reverberador del pensamiento, ¿cuántos genios ignorados habrán muerto en germen, durante la penumbra del coloniaje? Por efímera que sea su existencia, su inmensa luna va reflejando el diario movimiento, quedando en sus hojas la huella de la época. ¡Cuántos, ¡ay!, han desfallecido por dar vida á ajena idea! Cientos de esos pobres, eternamente expósitos en el banquete de la vida, ¡cuántos virtuosos tipógrafos se extinguen prematuramente aspirando á diario el sutil aire letal, polvo de plomo levantado de las cajas á los pulmones, envejeciendo prematuramente toda una juventud, encorvada de la mañana á la noche sobre los burros del trabajo diario, por dar vida á la hoja que á todos despierta llevando una alegría, menos al fatigado jornalero que la produce, sacrificándole hasta sus horas de reposo.

renta mil dólares por un solo telegrama, envía excursiones científicas hasta el centro del Africa y vapores á todas partes.

Si debe pasar de mano en mano, de generación en generación la antorcha de la verdad, ¿cómo olvidar reconocimiento á los que esparcen la verdad, á los que entre nosotros dieron los primeros pasos en no trillada senda?

VII

En la prensa, como en toda empresa, vencer los primeros pasos es lo más difícil. Largo trayecto ha recorrido entre nosotros el periodismo en su primer siglo. Alcemos la primera columna miliaria, como los romanos levantaban de trecho en trecho jalones en el camino de la civilización, para dejar señalada la primera etapa en el término del siglo.

La prensa es un poder y una fuerza, ariete que golpeando diariamente abre brecha en los más gruesos muros de la rutina. Ante esa débil hoja de papel hasta el más poderoso palidece. Aun Napoleón suprimió los periódicos cuando empezó su despotismo. «Yo he visto temblar los más bravos caudillos acostumbrados á afrontar impávidos el cañón, ante la artillería de los tipógrafos,» exclamaba con palabra vibrante el elocuente periodista Juan Carlos Gómez, al dictarnos un curso de derecho en las aulas de la Universidad. Poco tiempo pasó y bien de cerca palpamos la comprobación de su aserto, al encontrar á nuestro regreso quemada la imprenta en que fundamos *El Nacionalista*, fustigador del caudillo Cáceres, en la capital de Corrientes. No consiguiendo apagar sus fuegos á ponchazos, melendos de su escolta guaraní la prendieron fuego en la misma casa del patriota Serapio Mantilla, donde cuarenta años antes el gobernador Ferré fundara el primer periódico; y en el mismo año que la Imprenta nacida en esa provincia (1707, Misiones) obsequiara Rivadavia al gobierno de Salta, concluían allí sus restos llevados por Ascasubi, fundiéndose los últimos tipos en balas de plomo, para rechazar (1867) las *montoneras* de caudillos como Varela, Potrillo, Minuet y Barsoviana, intentando civilizar con sus chuzas, al apagar las luces que la Imprenta esparce. Así, desde los primeros débiles bracitos que manejaron la prensa de Niños Expósitos, digno de recuerdo es *Santos* el cordobesito, quien venía discutiendo con el carretero Félix Juárez porque no cuidaba con los respetos debidos los sagrados útiles de imprenta destinados á civilizar la Pampa que cruzaba, ya que por conducirla había cobrado cuarenta pesos sin afianzar quiebras. Éste, como el negro esclavo de Aguiar, que resultó buen tipero, Oliver, Ortiz, Jambin, marinero escapado de la barca Americana, fueron los pri-

meros tipógrafos, en tan reducido número, que veinte años después, en el del *Telégrafo*, donde se ofrece en almoneda un título de Castilla y una negra, sin grietas ni goteras, con todas sus entradas y salidas libres de servidumbre (tan palurdo como el negro pregonero el cartulario que igual formulario usaba para la venta, así de predio rústico ó de esclava), se anunciaba «que el próximo viernes no saldrá número, porque de los dos componedores el mejorcito se halla con tercianas.» Pero así éstos como Vertiz y Basavilbaso, promotores, y Aguiar, Sotoca, Dantás y Garrigós, impresores, dignos son de recuerdo.

La Imprenta ilustra y corrompe. Órgano de la multiplicidad del pensamiento, faro que guía, suelen sus eclipses esparcir tinieblas, convertida en ludibrio, picota de infamia ó canal de injurias. No consideramos la que vive del pugilato, de la difamación, el escándalo y la crónica verde. Este es el reverso de la medalla, la nota disonante en todas partes, la sombra en toda obra de hombre. Los que convierten el santo apostolado de la prensa en canal de difamación por donde desbordan las pasiones enconadas, los que inventaron el *chantage* con la palabra impresa, esos tales son los Judas de su apostolado, desvirtúan su misión y cometen *simonía*.

El diario que antes del periódico escrito, no por haber nacido en el noticiero de corrillo de barrio, ha dejado de elevarse á la altura, no se puede vivir hoy sin él, no se comprende la vida en ningún centro sin este eco del mundo. Prueba al canto: Más alto que la ambulancia de sus heridos, y al pie del telégrafo, esa otra imprenta del aire, acaba de establecer el ejército inglés en el desierto del Africa el vagón de su imprenta, y si los *boers* aislados de sus semejantes sienten algo en medio de sus victorias, es sólo que sin prensa, aislados, sin comunicación con el mundo no pueden hacer saber cómo un puñado de patriotas decididos en todo momento, antes que dejarlo pisar por la invasión, saben defender el suelo sagrado de la patria.

Pero extraliminamos la tradición.

El que encendiera el primer horno de donde se nos reparte el alimento intelectual que nos sostiene, el pan nuestro de cada día, ¿no merece siquiera una memoria?

¿Debemos guardar silencio alrededor de los que produjeron la mayor resonancia?

Incitamos á patrocinar el monumento que deberá levantarse sobre la piedra que en el centenario de la introducción de la Imprenta se colocó en la plaza cuyo nombre recuerda el de Belgrano, primer periodista argentino, al frente de la que lleva el nombre del Secretario de la Junta, perio-

dista de la Revolución, en esa calle de Moreno donde salió á luz *El Telégrafo*. El mismo Club Industrial que la consagró; la Sociedad Tipográfica que ha congregado bajo una lápida de piedad los restos de sus virtuosos hijos; Círculo de la Prensa, de Cronistas, ó Ateneo, todas esas asociaciones, ó cualquiera de ellas, honraríanse con la iniciativa. Bajo la protección de la prensa que todo lo engrandece, fácilmente con poco esfuerzo se realizará el hermoso monumento á sus fundadores.

En toda senda reconocemos abuelos. Los iniciadores del periodismo ¿no merecerán acto alguno de gratitud? No debemos negar un recuerdo á los que con sus luces iluminaron el camino desde nuestra cuna, y dieron vida y vuelo y permanencia á la palabra vibrante de patriotismo, que plumas bien templadas, como luego sus espadas, abrieron ancho camino á la verdad y á la justicia, que difundieron con la palabra y ese otro acero que brilla más lejos.

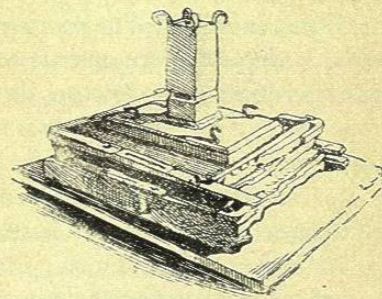
Deberían sacarse diseños á concurso por el Centro de Artistas. Bien pudiera coronar el monolito de mármoles del Azul, San Luis y Jujuy el busto de Gutemberg, ornado su basamento con medallones en bajo relieve de Belgrano, Castelli, Moreno, Monteagudo, etc. Levantemos el monumento á la prensa al saludar su centenario (1.º de abril de 1601), bien no sea más que por los que algo le deben, que en uno ú otro sentido son cuantos se sustentan de ese alimento intelectual que todas las mañanas se reparte á domicilio con el «pan nuestro de cada día.»

Post-scriptum.—Por no extender esta ya demasiado larga tradición sobre el primer periódico, dejamos en el tintero muchos datos interesantes sobre tipógrafos, prensistas y regentes de más ó menos renombre que han propagado ó ilustrado la prensa, agregando únicamente como apéndice curioso la fecha en que este elemento de progreso llegó á cada una de las provincias del Plata.

Córdoba, 1766.—Buenos Aires, 1780.—Montevideo, 1807.—Tucumán, 1817.—Santa Fe, 1819.—Mendoza, 1820.—Entre Ríos, 1821.—Corrientes, 1824.—Salta, 1824.—San Juan, 1825.—La Rioja, 1826.—Jujuy, 1852.—Catamarca, 1855.—San Luis, 1855.—Santiago del Estero, 1859.

En Lima hubo periódico desde 1790; en Buenos Aires, 1801; Montevideo, 1807. En Chile, sólo en 1811, si bien el actual *Mercurio* de Valparaíso que apareció (12 de septiembre de 1827) y en el que se ensayaron periodistas argentinos tan brillantes como Sarmiento, Alberdi, Frías, Peña, Piñero y Gutiérrez, es hoy el decano de la prensa de nuestra América y

del mundo del habla castellana, después de *El Diario de Barcelona*, que cuenta ya ciento cincuenta años. Recuérdanse como primeros periodistas ó fundadores: En el *Telégrafo*, de Buenos Aires, al coronel Cabello; Montevideo, *La Estrella del Sur*, 1807, T. Bradford; Tucumán, *Diario Militar del Ejército Auxiliar del Perú*, 1817, Belgrano; Mendoza, *El Termómetro del día*, 1820, Juan Escalante; Entre Ríos, *Correo Ministerial del Paraná*, 1821, general Mansilla; San Juan, *Defensor de la Carta de Mayo*, 1825, Salvador María del Carril; La Rioja, *El Boletín*, 1826; Catamarca, *El Ambato*, 1855, Molina; San Luis, *La Actualidad*, 1855, Manuel Sáenz; Santiago del Estero, *El Guardia Nacional*, 1859, Ezequiel Paz; Santa Fe, *El Federal*, 1819, Carrera.



Restos de la prensa en que se imprimió el primer número de *El Telégrafo Mercantil*